

asesinato de madame L'Esplanade y la hija no es un ser humano. En efecto, el cuarto cerrado no es inaccesible para un mono. De Poe para acá los cultores del género multiplicaron las soluciones. En *El misterio del cuarto amarillo*, de Gaston Leroux, la víctima, herida por el propio pesquisista en otro lugar, se encierra en la habitación. En *El misterio del barrio de Bow* de Israel Zangwill, un inspector retirado, para vengarse, se empeña en realizar un crimen que los sucesores no puedan descubrir. Por la noche narcotiza a Arturo Constant; por la mañana, llama a la dueña de la casa de huéspedes para abrir la puerta y cuando ésta vuelve la espalda, corta la yugular a la víctima, es decir, el asesinato se comete al abrirse la habitación. En *El que se pasó de listo*, de G. D. H. y Margaret Cole (distinguidos políticos y escritores fabianos ingleses), la puerta había sido cerrada por fuera y el "suicida" había sido ultimado antes de que se oyera el disparo de una pistola con mecanismo de relojería. En

*Personas o cosas desconocidas*, de J. Dickson Carr, el criminal mata con un cuchillo de cristal, que "oculta" en una jarra de vidrio llena de agua (expediente similar al de Poe en *La carta robada*).

La novela policíaca tiende a modificarse. El Detection Club de Londres, especie de academia, edita volúmenes especiales y estimula sus progresos; la Sherlock Holmes Society de Londres y el Club Baker Street de Nueva York, reúnen manuscritos, analizan problemas, publican biografías. Parece que va a convertirse en novela de costumbres, de temas especiales, porque interesan cada vez más las pasiones, la naturaleza y el razonamiento del delincuente y del detective. A base de una hipótesis se acumulan detalles verosímiles, que crean una realidad de ficción. Como cualquier género, el encanto consiste en la perfección de la propia fantasía. Es el arte de convertir lo ficticio en verdadero, de creer lo increíble.

Buenos Aires, 6-VI-45

## Un mensaje a Truman FRENTE A LA BOMBA ATÓMICA

(De El Tiempo. Bogotá, octubre 2 de 1945)

Los dos estallidos de la bomba atómica resonaron en todo el planeta. Pero luego se ha hecho un gran silencio.

Se habla poco del nuevo descubrimiento. Seguimos discutiendo sobre los problemas del mundo como si la vida internacional pudiera mantenerse en las mismas condiciones, regularse por las mismas normas de hace dos meses. Las gentes no ven que, de golpe, ha empezado una nueva era, la era de la fuerza atómica, que va a cambiar la faz de la tierra.

Pero los hombres superiores, los espíritus más perspicaces sí lo ven. En los Estados Unidos, unas cuarenta personalidades de la más alta autoridad intelectual han dirigido una carta al presidente Truman expresándole la inquietud que sienten por la suerte de la humanidad. Firman el mensaje hombres como Thomas Mann, Waldo Frank, Max Lerner, Owen Roberts, juez que fue de la Corte Suprema.

Afirman en su carta al presidente que consideran "casi matemáticamente seguro" que la organización de las naciones unidas, tal como se va a constituir, no tendrá capacidad suficiente para mantener la paz y el orden del universo frente a la amenaza de la fuerza atómica. Ninguna nación, ni grupo alguno de naciones alcanzarán a controlar ese nuevo poder, inmensamente superior a todo lo conocido. La única solución consiste, a juicio de los firmantes del mensaje, en establecer por encima de las diversas naciones, una autoridad mundial, un gobierno del universo.

He ahí cómo la idea utópica ayer, de la unidad política del mundo, aparece hoy como una necesidad práctica, impuesta por un invento técnico de orden material, salido de los laboratorios de la química.

\*

Hace cinco o seis años, un escritor norteamericano de vasta cultura científica, George W. Gray, anunciaba que así como el os-

curo invento de la pólvora de cañón fue un hecho más importante que la famosa batalla de Waterloo, así también un reciente descubrimiento iba a tener mayor trascendencia que todos los sucesos que llenaban las páginas de los periódicos.

Se trataba de un descubrimiento hecho en 1936 en el laboratorio de alto voltaje del Servicio de Investigaciones del Magnetismo Terrestre del Instituto Carnegie, en Washington, "Despierta una fuerza del universo ignorada hasta ahora".

Para dar una idea aproximada de la importancia de este hallazgo, lo comparaba Gray, en su libro *Las avanzadas de la ciencia*, al descubrimiento de la ley de la gravitación realizada por Newton en el siglo XVII. Ese se refería a los astros; el actual, a los átomos. Lo mismo que aquél, el descubrimiento presente significará una revolución en la mente de la humanidad. Pero la fuerza dormida en el microscópico mundo del átomo, es incomparablemente más poderosa que la fuerza de la gravitación newtoniana que rige los giros del inmenso mundo de las estrellas. "Si la fuerza de la gravitación fuese como la atómica, una pluma en la superficie de la tierra pesaría billones de toneladas."

"En el mundo-átomo, prosigue Mr. Gray, y no en algún lejano centro de rotación astral se halla la "Central" del Universo...". "Esos ocultos sistemas atómicos ¿son los telares de los dioses?...?" "¿Son los telares del Destino?...?"

Han sido los telares del Destino. De la infinita pequeñez del átomo y no de la colosal magnitud del astro ha brotado la energía que saliendo del ambiente sereno del laboratorio y entrando en la violenta atmósfera de la guerra, comienza ya a decidir la suerte de la humanidad.

Cuando el invento se desarrolle, los hombres dispondrán de una fuerza prácticamen-

## Dr. E. García Carrillo

Corazón y Vasos

Consulta por cita

Oficina en San José

Electrocardiografía  
Metabolismo Basal  
Radioscopia

te sin límites. "Seréis como dioses"... silbó la serpiente del Paraíso. ¿Qué harán los hombres con esa fuerza ilimitada en la mano?

—O la unidad del mundo y un gobierno del universo, parecen contestar los autores del mensaje a Truman, o el fin del mundo, la destrucción de nuestro cosmos y la vuelta al caos.

Redactada hace sólo unos meses, la Carta de las Naciones Unidas es, sin embargo, anterior a la era de la energía atómica.

Los hombres ilustres que suscriben la misiva al presidente de los Estados Unidos juzgan que el proyectado organismo de la seguridad mundial no será garantía suficiente contra los riesgos que entraña el nuevo descubrimiento. Es un paso, y no desdeñable, en el camino de la asociación de las naciones y de la república del universo. Pero habrá que dar un paso más.

Se cuenta que en la Conferencia de San Francisco un delegado árabe definió de esta suerte, con pesimismo agareno, el funcionamiento de la futura institución internacional:

—Con la Carta de las Naciones Unidas, si hay un conflicto entre dos Estados pequeños, desaparece el conflicto. Si estalla éste entre un Estado pequeño y una gran potencia, desaparece el Estado pequeño. Si en conflicto surge entre dos grandes potencias, desaparece la Carta.

Mas esa opinión con aire de parábola oriental queda también anterior a la era atómica. Somos anacrónicos al hablar de grandes potencias y pequeñas naciones en esta era en la que el átomo es más que el astro. Mañana, en cuanto el nuevo invento se perfeccione, el más formidable Estado-Leviathan con sus millones de soldados y sus gigantescos pertrechos de guerra podrá ser aniquilado en unas horas por cualquier minúscula república o ciudad libre que tenga los medios de lanzar con rapidez y eficacia el rayo atómico.

No habrá en último término otra solución que una federación de las naciones, el gobierno mundial y la renuncia a la fuerza, porque la fuerza extraída ahora de "los telares de los dioses", se habrá hecho demasiado grande para la medida de los seres humanos. A éstos les quedará la justicia.